

ajustados á los de la ley nueva: *Lac comedebatis, et lanis operiebamini*: comiais la leche de mis ovejas, y os abrigabais con su lana: *et quod infirmum erat non consolidastis*; pero no os aplicabais á curar las fracturas de las perniquebradas, ni á limpiar las llagas de las que estaban heridas: *et quod aegrotum erat non sanastis*, ni á aplicar medicinas á las enfermas, ni á levantar las caidas, ni á buscar las que se habian perdido y descarriado, dejándolas perecer miserablemente: *et quod perierat non quaesistis*; reduciéndose todo vuestro cuidado á dominarlas con severidad y con altanería: *cum austeritate imperabatis eis, et cum potentia*. De esta manera se esparcieron mis pobres ovejas, y fueron devoradas por el lobo: *dispersæ sunt oves meæ*. Pero yo os juro por mí mismo, dice el Señor, que pediré á esos indignos pastores la estrecha y terrible cuenta de las ovejas que dejaron perder, y del rebaño de que tanto descuidaron: *Vivo ego, dicit Dominus: requiram gregem meum de manu eorum*. Estos son los funestos efectos de esas vocaciones puramente humanas; esto es lo que producen esas instrucciones, esos destinos al estado eclesiástico sin vocacion.

El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: He aquí que yo os envío como ovejas en medio de los lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Pero guardaos de los hombres; porque os harán comparecer en los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados por mi amor delante de los presidentes y de los reyes como testigos contra ellos y contra las naciones. Pero cuando os hagan comparecer no pen-

seis del cómo ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que habeis de hablar. Porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano, pues, entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres, y los harán morir; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la prudencia cristiana.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la prudencia cristiana es

aquella importante virtud que enseña á arreglar la vida y las costumbres segun las máximas de la ley de Dios, y á dirigir las palabras y las obras segun las reglas de la fe y de la religion que profesamos; sin ella ni hay honradez, ni hay virtud, ni hay mérito; sin ella todo es descamino, y sin esta luz cada paso es un tropiezo.

No hay cosa mas flaca ni mas falsa que la prudencia del mundo; todo su estudio tira á alucinarnos; yerra los fines, y descarta los medios; con que por precision todas sus lecciones han de parar en engañarnos. ¡Qué dignos son de lástima los que se dejan conducir de semejante guia! fines torcidos, medidas concertadas, quimeras fantásticas, discursos falaces, manantial inagotable de disgustos y de arrepentimientos, estos son los funestos pero necesarios efectos de la prudencia de la carne. Mira como á un solo golpe de viento se desvanecen todos esos vastos proyectos de fortuna.

Considera bien esas medidas tomadas con tanto estudio, conducidas con tanta habilidad; sostenidas con tanto arte; por lo comun, si no siempre, se halla que se tomaron mal, y que no alcanzan. Nuestras luces son muy limitadas, nuestra destreza muy corta, y todas nuestras fuerzas no bastan para evitar los escollos en que se va á estrellar toda la prudencia humana. Es menester eleccion; prevision, discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de las costumbres, la brevedad de la vida, la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados que nos encantan; ¿y esto quién lo puede hacer sino solo la prudencia cristiana, que sabe sola representar los objetos como verdaderamente son, y ella sola sabe tomar las medidas justas?

¡Cosa estraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una continua agitacion, toda se consume en llegar cada uno á sus fines; artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, de todo se echa mano para hacer cada uno su fortuna. Prudencia humana, falsa prudencia, que cada dia se está Dios complaciendo en confundir por esas muertes imprevistas, por esas desgracias no esperadas, por esas súbitas revoluciones, que en menos de nada trastornan tanto las familias. ¡Qué lástima, ó por mejor decir, qué cosa mas risible que ver los afanes, las fatigas de los hijos de Noé para inmortalizar su nombre, para levantar una fortificacion contra la cólera del cielo, para fabricarse un asilo contra todas las desgracias! imágen natural de la prudencia de la carne. ¡Qué necedad apoyarse en solos sus brazos! ¡contar

con solo su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores, con la virtud de sus riquezas, con la felicidad de su fortuna, y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam*: si el Señor no entra en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no fabrica nuestra fortuna, de nada sirven todas nuestras diligencias y medidas. ¡Mi Dios, qué necedad la de fundarnos, la de confiar solo en nuestra prudencia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que solamente la prudencia cristiana, esto es, aquella prudencia que únicamente se apoya en los principios de la religion, que solo sigue las luces de la razon alumbrada por la fe, que no tiene otra regla que las máximas del Evangelio; solamente esta prudencia no se descamina, sola ella es verdadera, sola puede hacer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Ella sola posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida; consígase ó no se consiga lo que se pretende, cuando solo se obra movido de un espíritu cristiano, y segun la prudencia del Evangelio, sálgase bien ó sálgase mal de lo que se intenta, si no se logrará la aprobacion de los hombres, se logra siempre la de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros pasos. Mas que el suceso no corresponda á los deseos de la ambicion; mas que no se conforme al gusto del mundo, siempre nos será favorable. Los santos jamás conocieron otra prudencia; es cierto que no siempre votaron en favor de sus acciones los hijos de este siglo; ¿pero al precio quién no quisiera haber sido tan discreto y tan prudente como lo fueron los santos?

Es verdad que la prudencia cristiana ignora todas esas sutilezas del ingenio humano, que tantas veces se burlan de los corazones sencillos; ignora esas delicadas máximas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar y á revolver lo futuro, haciendo burla de la rectitud y de la simplicidad de una conciencia timorata; ignora todas esas hajezas, que son propias de una alma esclava de sus pasiones; todos esos artificios con que se pretende hacer fortuna, y tener la vanidad de que sea obra de la propia industria. Pero Dios reprueba y confunde esta prudencia; la prudencia cristiana tiene cimientos mas firmes, sigue guías mas seguras, y no engaña á los ojos mundanos. Acompañala siempre la modestia, la humildad, el desinterés y el espíritu de religion, que continuamente le están inspirando moderacion y cor-

dura. Es cierto que la hacen parecer menos brillante; ¿pero qué mérito no atesora? ¿qué consuelo y qué tranquilidad no la produce, tanto para esta vida como para la otra? Riese el mundo alguna y muchas veces de la rectitud y de la buena fe de las almas timoratas; riese de su franqueza y de su sinceridad; trata de imbecilidad la delicadeza de conciencia, ó cuando menos, de apocamiento de espíritu. ¿Pero se pensará lo mismo cuando se vea que esos ánimos apocados, esos imaginados simples poseyeron la ciencia de los santos, y obraron segun el espíritu de Dios; que fueron sabios á sus divinos ojos, y que solos ellos fueron prudentes y discretos? Es verdad que esta prudencia no sabe qué cosa es mentira ni artificio; que sacrifica á la conciencia y á la religion todos los intereses; que ignora toda doblez y toda superchería; ¿pero será menos respetable por eso? ¿será menos segura? ¿y merecerá el nombre de prudente la conducta contraria que sigue la mayor parte del mundo? ¿no es una insigne locura? y cualquiera que siga otra prudencia que la prudencia cristiana, ¿no será un pobre insensato?

Sin duda, mi Dios, sin duda; y hago esta sincera confesion con un íntimo dolor de mi desacertada conducta. Detesto con toda el alma esa desdichada política, esa perniciosa prudencia, esa falsa sabiduria. Vuestra ley, mi Dios, vuestros mandamientos, vuestro Evangelio, vuestras máximas, esa será de hoy en adelante toda mi política, toda mi prudencia y toda mi conducta; pero, divino Maestro mio, todo ha de ser con vuestra gracia, porque sin ella á nada se reducen todas mis resoluciones.

JACULATORIAS. — Dichosos aquellos que van por el camino de la inocencia, y caminan fielmente por el sendero de la ley santa de Dios. (*Psalm. 118.*)

Dichosos los que solo estudian en saber la voluntad de Dios para cumplirla, para no apartarse de ella. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 No hay cosa mas perjudicial á la verdadera virtud que la falsa prudencia; prudencia mundana, prudencia carnal, toda natural, que ni ve sino por los ofuscados ojos de la humana razon, ni juzga sino por el órgano falaz de los sentidos, ni tiene otro primer principio que el errado dictámen del amor propio. Tal es la prudencia que hoy reina en el mundo, y algunas veces tambien aun en los claustros religiosos; solamente se consulta á lo que se llama *buen juicio*; no se siguen otras luces que las dé-

biles y osecurecidas del propio dictámen, ni se hace juicio de las cosas sino por las desacertadas máximas de la prudencia humana. Y como á las de Jesucristo, á las del Evangelio y á las de la fe, ni se las consulta, ni aun se las oye en su tribunal, siempre pierde el pleito en él la religion. Todo se mide, todo se arregla, todo se ajusta á la perniciosa prudencia de la carne, la cual hace filósofos, pero no cristianos. Guárdate bien de seguir semejante guía, que siempre te descaminará; discurre en buen hora en todos los asuntos segun las luces de un entendimiento derecho y de un juicio sano; pero jamás pierdas de vista en tu modo de discurrir los principios de la fe y las luces del Evangelio; éstas han de purificar aquellas; sin las primeras todo lo que se llama *buen juicio* es mera ilusion, es estravagancia. En tanto seremos hombres de buen juicio, en cuanto nuestro espíritu se conformare con el de Jesucristo. Has de tener siempre esta verdad por un primer principio.

2 Desconfia siempre mucho de tu propio parecer, de tu imaginario buen juicio, y de todos tus alcances; la pasion, el amor propio y el interés todo lo ciegan; por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazon. Nunca te fies de aquella prudencia mundana, que con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atencion y de necesidad, favorece siempre á la pasion y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvacion. ¿Tratas de resolverte á algun negocio de consecuencia y de importancia? Da principio consultándolo con Dios, y pidiéndole que te alumbré; despues examina con madurez todas las circunstancias y todas las razones; pero discurrendo siempre con respeto á tu último fin, que en todas las cosas ha de ser tu primer principio. Considerate en la hora de la muerte cercano ya á dar cuenta de aquel negocio que quieres emprender; mírale ahora como le mirarias entonces; y en fin, no emprendas cosa alguna considerable sin haberla consultado primero con un sabio y santo director.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN DE SAHAGUN, confesor, del orden de los Ermitaños de san Agustin, en Salamanca en España; fué esclarecido por su zelo por la fe católica, y por su santa vida y milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES BASÍLIDES, CIRINO, NABOR Y

NAZARIO, soldados, en Roma en la via Aurelia; á los cuales en la persecucion de Diocleciano y de Maximiano fueron encarcelados por el prefecto Aurelio, porque confesaban el nombre de Jesucristo; despues fueron despedazados con escorpiones, y por último degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA ANTONINA, mártir de la misma persecucion, en Nicea de Bitinia; la cual por orden del prefecto Prisciliano fué azotada con manos de varas, puesta en el potro, descarnada por los costados, abrazada en las llamas, y por último degollada.

SAN OLIMPIO, obispo, en Tracia; el cual fué depuesto de su silla por los arrianos, y murió confesor de la fe.

SAN LEON III, papa, en Roma, en la basilica de S. Pedro, á quien le sacaron los ojos, y le cortaron la lengua unos facinerosos, y Dios se lo restituyó todo milagrosamente. (Subió á la silla de S. Pedro despues de Adriano I en el año 793. Habiendo estallado en 799 una conjuracion contra su persona, se apoderaron de él, lo llevaron prisionero al monasterio de S. Silvestre, y le maltrataron hasta el punto de cortarle la lengua y sacarle los ojos. El Señor, sin embargo, por un prodigio conservó á Leon los ojos y la lengua, de suerte que cuando llegaron los fieles que habian acudido á su defensa, lo hallaron cantando himnos. Sus amigos lo acompañaron á Francia, y con los socorros que Carlomagno le dió pudo volver á Roma, donde vivió despues tranquilamente hasta su muerte, que acaeció el año 816. El pontificado de S. Leon es de los mas gloriosos en la historia de la Iglesia.)

SAN AMFION, obispo, en Cilicia; el cual fué un ilustre confesor en tiempo de Galerio Maximiano.

SAN ONOFRE, anacoreta, en Egipto; el cual vivió santamente por espacio de sesenta años en un áspero desierto ejercitándose en obras piadosas, y esclarecido en virtudes y méritos voló al cielo: el abad Pafnucio escribió su admirable vida. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN BASÍLIDES, CIRINO, NABOR Y NAZARIO, MÁRTIRES.

ENTRE aquella portentosa innumerable multitud de invictos mártires con que ilustró á la santa Iglesia la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano, no ocupan el inferior ni el menos glorioso lugar los santos Basíldes, Ciriano, Nabor y Nazario, cuatro bizarros jóvenes, todos caballeros romanos, tan señalados por sus prendas personales como por su ilustre nacimiento, pero mucho mas por la incomparable dicha de haber profesado la fe de Jesucristo. Siendo la carrera de las armas la única que correspondia á hombres de su distincion, y estando obligados á servir todos los caballeros romanos, los cuatro tomaron partido en los ejércitos de los emperadores, y todos eran oficiales en el que mandaba en Italia Majencio, en quien su padre Maximiano habia renunciado el imperio, aun viviendo todavía Diocleciano.